NUEVA REVISTA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

THESIS

FRANCISCO MIRÓ QUESADA
IRIS MURDOCH
SARA BOLAÑO
ANGELINA MUÑIZ
JUAN CORONADO
LUIS G. RAMOS
ELSA CROSS
ANTONIO CASTRO LEAL
ALBERTO CONSTANTE
MAURICIO BEUCHOT
ANTONIO ZIRIÓN QUIJANO

40.00 pesos
Abril / 1981

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año III, Número 9
Abril / 1981

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
Dr. Octavio Rivero Serrano
Secretario General:
Lic. Raúl Béjar Navarro
Secretario General Administrativo:
C.P. Rodolfo Coeto Mota
Abogado General:
Lic. Federico Anaya Sánchez

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: Benjamín Villanueva
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó
Juliana González, Benjamín Villanueva

Secretaria de Redacción: Elsa Cross

Índice

FRANCISCO MIRÓ QUESADA 4
Filosofía científica y filosofía de la ciencia en América Latina

ANGELINA MUÑIZ 10
En el nombre del Nombre

IRIS MURDOCH
Contra la aridez (un bosquejo polémico) 12
Trad. Hernán Lara y Judith Sabines

ANTONIO ZIRIÓN QUIJANO
Dos celosos cartesianos (fábula filosófica) 17

JUAN CORONADO 29
Los nombres del barroco

ELSA CROSS 33
***Atrio* (poema)**

ALBERTO CONSTANTE
Heidegger y los "trovadores del ser" 34

LUIS G. RAMOS
Antioquía, ápice de la gloria de Oriente 37

MAURICIO BEUCHOT
La filosofía del lenguaje entre los griegos 47

SARA BOLAÑO
La importancia de la lengua en el proceso educativo 54

La tradición presente:
ANTONIO CASTRO LEAL 63
Juan Ruiz de Alarcón y la moral

Notas y Reseñas

Enrique Hülsz: Habermas y la idea de la acción comunicativa 66

César González: ***La separación de los amantes*****, de Igor Caruso** 71

Gustavo Escobar: ***El pensamiento filosófico de José Vasconcelos*****, de Margarita Vera y Cuspinera** 73

Vera Valdés Lakowsky: ***La modernidad del Japón*****, de Lothar Knauth** 76

Indice del volumen II de *Thesis* 78

ANTONIO ZIRIÓN QUIJANO

Dos celosos cartesianos

(Fábula filosófica)

Y, ¿cómo negar que estas manos y este cuerpo sean míos, a no ser que me empareje a algunos insensatos, cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que afirman de continuo ser reyes, siendo muy pobres, estar vestidos de oro y púrpura, estando en realidad desnudos, o se imaginan que son cacharros, o que tienen el cuerpo de vidrio?

Descartes, *Meditaciones metafísicas*

... no hay mejor remedio... sino comunicar al público lo poco que hubiera encontrado e invitar a los buenos ingenios a que traten de seguir adelante...

Descartes, *Discurso del método*

Y, en suma, si hay en el mundo una labor que no pueda nadie rematar tal como el que la empezó, es ciertamente la que me ocupa.

Descartes, *Discurso del método*

Hubiera preferido que este relato no cayese dentro del vago territorio de la literatura. Tengo, como se verá, mis razones para ello. Paro he debido ceder, no sin pesar, a la voluntad, de todo punto respetable, por lo demás, de quien llevará en esta historia el papel protagónico, mi buen amigo Edmundo Cano. La obligación moral de ceñirme a la escueta narración de los hechos, obligación que él me ha impuesto, no me impide, sin embargo, y en este respecto hemos llegado a un acuerdo, exponer de un modo general las razones por las cuales considero que su caso —el caso de mi amigo Edmundo, que es de lo que aquí se tratará— cae con más propiedad en el campo de la ciencia (entendida en un sentido amplio) que en el de la literatura. Comprendo perfectamente sus sentimientos. Es claro que no quisiera verse tratado como un "caso clínico". El piensa que la inclusión de cualquier interpretación científica o filosófica en el relato de las experiencias que vivió, modificaría radicalmente el punto de vista "natural" desde el cual quisiera que se las contemplara, y haría nacer la sospecha, en su opinión totalmente infundada, de que dichas experiencias no son, como dice, "experiencias humanas naturales". Por supuesto, no niega mi amigo el singular carácter de lo que ha vivido; pero lo que a su modo de ver zanja toda discusión (aparte las más personales razones que a su debido tiempo se conocerán) es el hecho de que lo que llama "la vivencia clave", esos momentos (creo yo) en verdad extraños y singulares y ajenos a todo lo "naturalmente humano", a toda experiencia común, por decirlo así, fueron algo en realidad pasajero y transitorio, algo sin más significación que la de haber servido para "sensibilizarlo" (empleo una vez más sus palabras), para abrirlo a una comprensión, no por profunda menos natural, del auténtico puesto del hombre en este planeta.

Por mi parte, no puedo prestar mi entero asentimiento a esas opiniones. Como filósofo (como estudioso de la filosofía, debería decir con mayor justeza), como científico (he hecho estudios de física y psicología), considero que por mucho que ciertas experiencias personales y privadas hagan progresar a quien las tiene en el camino hacia la comprensión de lo esencialmente humano, éstas no pueden cobrar ninguna validez objetiva mientras no se las

ponga en relación con un conocimiento científico del hombre. Me explico. Conocimiento —decía Aristóteles— es conocimiento de lo general; de lo individual no puede haber ciencia. Unicamente por la ciencia es posible, en consecuencia, acceder a la universalidad y abandonar lo meramente individual y subjetivo. Tratándose, como en este caso, de un conocimiento sobre el hombre, esta universalidad, ese conocimiento de lo general, significa comunidad e implica validez y aplicación para todos. Hundirse en ese mundo abismal de lo subjetivo e individual, era, para Heráclito, como estar dormido. Y solamente estando despierto, es decir, solamente gracias al conocimiento y a la ciencia, puede el hombre obtener la luz que le permite conocer al hombre, y puede la humanidad (¿qué otra cosa quiere decir humanidad si no la comunidad de los hombres reunida por el conocimiento de sí misma?) alcanzar los fines, cualesquiera que éstos sean, a los que está destinada.

Bajo esta perspectiva veía yo, en todo caso, las experiencias por las que hubo de atravesar —de un modo involuntario y un tanto azaroso, por otra parte— mi amigo Edmundo Cano. La posibilidad de interpretarlas científicamente —y aclaro que sigo usando esta palabra en un sentido muy amplio, que permite extenderla justamente a la filosofía— me pareció desde un principio, es decir, desde el momento en que, en medio de un estupor que reavivó, no voy a negarlo, mi vocación filosófica, hizo sus experiencias de mi conocimiento, me pareció, pues, la única manera de transformarlas en un conocimiento con validez objetiva y hacerlas rendir, en consecuencia, la utilidad y el provecho que, según lo dicho, cabía esperar de ellas. Por si hay algo, debo pensar, que el hombre ha de respetar ante todo, son las decisiones que un hombre toma sobre su propia vida. Y es el caso, pues, que debo limitarme en lo que sigue a una limpia descripción de los hechos. Como es natural, me refiero aquí tanto a los acontecimientos de que fuimos testigos más o menos directos todos cuantos rodeamos a Edmundo, como a los hechos internos, a las vivencias exclusivas de Edmundo. Estas últimas me fueron referidas directamente por mi amigo, de modo que también respecto de ellas puedo considerarme testigo, en la medida en que es posible serlo en estos casos.

Debo decir también que, si tales experiencias van a ser, de un modo u otro, conocidas, ello no se debe en absoluto a ningún deseo o empeño de mi amigo, quien conserva respecto de su publicidad una indiferencia total (y absurda, añadiría, si no conociera sus motivos), sino únicamente a mis propios esfuerzos, a mi interés y a mi insistencia. Por eso no debo lamentar demasiado, a fin de cuentas, la limitación impuesta al relato, que lo convierte en una mera pieza literaria más, no diferente en esencia a todas las ficciones sobre caracteres individuales y conflictos subjetivos que las "dotes del ingenio" de que habló Descartes arrojan al mundo, ya confuso, para confundirlo mejor.

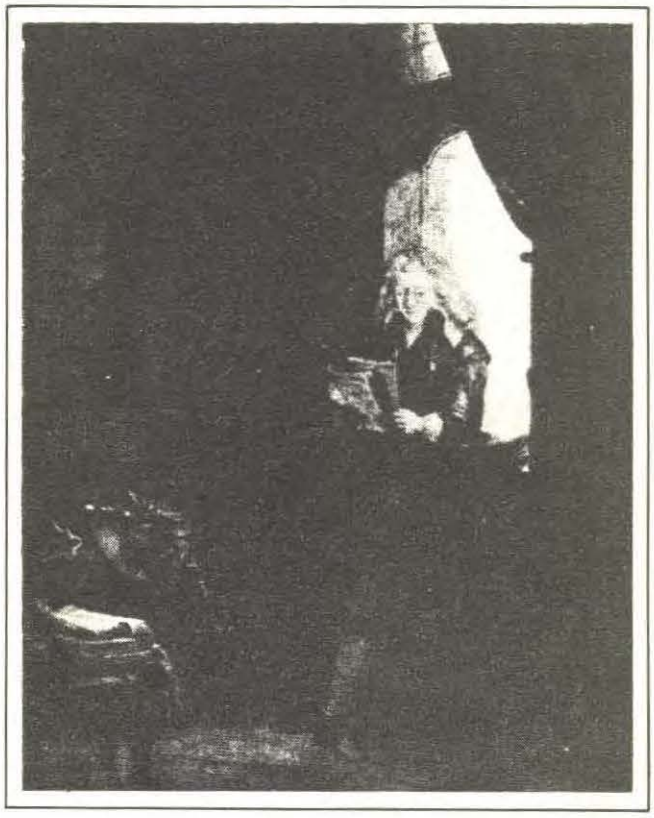
Con el único propósito de que la narración de los hechos centrales sea bien comprendida y no caiga, por decirlo así, en el vacío, referiré algunos antecedentes del caso. La amistad que me une a Edmundo Cano comenzó cuando ambos estudiábamos la secundaria en el Colegio Cristóbal Colón. Puedo decir que sólo durante esos tres años fuimos en verdad amigos íntimos. Pues durante los tres años siguientes, cuando cursábamos la preparatoria, fueron manifestándose gradualmente las naturales diferencias de vocación y temperamento que, casi sin darnos cuenta, nos van separando de unas gentes y nos van acercando a otras. Edmundo mostró siempre una habilidad muy peculiar y muy notable para manejar asuntos financieros y, como era de esperarse, eligió sin ninguna vacilación aparante la carrera de administración de empresas. Mucho más tarde he venido a saber que Edmundo siempre creyó poseer, desde la infancia, cierta "sensibilidad filosófica", cierta aptitud especial para "mirar las cosas desde arriba" (las palabras entrecomilladas son obviamente sus palabras), la cual, sin embargo, debido sobre todo a factores de educación y cultura familiar, nunca tuvo oportunidad de desarrollar. He venido a saber, pues, que ya desde ese tiempo su habilidad financiera le parecía a él mismo, cuando la miraba "desde arriba", bastante extraña. Pero fue esa habilidad, muy evidente después de todo, la que determinó su elección de carrera, y no su aptitud filosófica, que, por lo menos en esos años (el lector juzgará a su tiempo si ahora no) carecía de contornos definidos y de manifestaciones concretas. Creo firmemente que si esa aptitud se le hubiera heche patente entonces como algo sólido y palpable, no habría ocurrido después nada de lo que ocurrió, no lo habría afectado de manera tan desproporcionada una inocente *meditación metafísica*.

Cuando salimos de la preparatoria, tampoco mi vocación filosófica estaba bien definida. Lo que puedo llamar, sin vanidad ni falsa modestia, mi afán de saber, se dirigía entonces a las ciencias en general y a la física en particular. Tuvieron que pasar dos años de estudio de física teórica para convencerme de que me atraían más las mónadas de Leibniz que el átomo de Bohr. Pero todo esto no viene a cuento. Quería decir que Edmundo y yo teníamos intereses francamente divergentes, y que estos intereses, sumados a algunas otras circunstancias que no vale la pena mencionar, abrieron entre los dos una distancia, la cual, sin que llegara a enfriar nunca nuestra amistad, nos ha mantenido relativamente alejados durante todos estos años. Edmundo entró a la Universidad Nacional a estudiar administración. Yo entré ahí mismo a estudiar física. Salí de física y entré a filosofía. Edmundo se casó; me casé yo. Se recibió Edmundo como licenciado en administración de empresas; tuve un hijo yo. Ascendió Edmundo a la gerencia de una gran empresa de hilados y tejidos, terminé filosofía yo. Realmente nunca nos dejamos de ver del todo. Ya casados, nos invitábamos mutuamente a cenar con cierta frecuencia, y comentábamos junto con nuestras esposas aquellos movimientos de nuestras respectivas vidas y carreras. Y como no es de ningún modo raro que dos mujeres de posición y cultura semejantes consigan con poco trato una familiaridad aceptable, formábamos los cuatro un grupo jovial y ri-

sueño esas noches en que nos reuníamos, ya en una casa, ya en otra, a beber y cenar, muchas veces hasta la mañana siguiente. Pero eso era todo; nuestra amistad se reducía a esas ocasiones —propiciadas quizá más por un sentido acaso injustificable de la cortesía social que por una auténtica simpatía mutua—, y nunca se extendía más allá de esos amaneceres en que, ya un poco bebidos los cuatro, nos despedíamos con grandes abrazos y con la carcajada que había provocado el último chiste todavía atravesado en las gargantas.

Pero estoy entrando en detalles que no tienen mucha relación con el punto central del relato, y me doy cuenta por otra parte de que faltan los detalles que justamente serían imprescindibles para explicar ese suceso que constituyó el inicio de la transformación que ha llevado a mi amigo a su actual estado. Evidentemente, no puedo contar más de lo que sé; y acerca de la vida interior de Edmundo, su psicología profunda, el desarrollo de su personalidad en la infancia, en fin, acerca de los momentos anteriores en que quizá pudieran hallarse los antecedentes reales de lo que le sucedió, lo ignoro casi todo. Y, además, está siempre presente su tajante prohibición de hacer intervenir aquí cualquier elemento interpretativo. ¿Por qué, me pregunto, es tan inflexible en este punto, si al mismo tiempo la posible publicidad de su caso le es, como he dicho, completamente indiferente? Confieso que hay en todo este asunto cosas que yo mismo no alcanzo a comprender. Pero debo concretarme a los hechos.

Y los hechos, concretamente, comenzaron con toda seguridad una de esas noches de que he hablado. Era un viernes, hace ya casi diez meses. Estábamos los cuatro —Edmundo y su esposa Patricia, mi esposa y yo— reunidos en la estancia de la casa de los Cano, tomando papas fritas y aceitunas y cubas, según recuerdo, cuando de pronto Edmundo, sin ningún preámbulo, me dijo: "Tienes que recomendarme algún libro de filosofía que yo pueda entender". Me sentí ligeramente sorprendido, pero... No he dicho algo que tal vez tenga importancia. Edmundo y Patricia no tenían hijos, y nosotros sabíamos muy bien que la razón no era que no los quisieran tener. Y esa noche, casi al llegar a su casa, nos enteramos de que se habían los dos sometidos recientemente a diversos análisis médicos, y de que ciertos resultados aún parciales hacían ya prever que la imposibilidad de procrear iba a recaer en Edmundo. Pero en esa ocasión hablamos muy poco sobre ello, debido precisamente al negativo estado de ánimo que aquella noticia parecía haber infundido en Edmundo. Por alguna razón, estaba visiblemente hosco hacia Patricia. Aunque mi esposa y yo no conocíamos de su intimidad más de lo que en aquellas esporádicas visitas se nos podía manifestar, era claro que la manera como Edmundo le hablaba esa noche a Patricia no era habitual en él. No era una aspereza que se dirigiera precisamente a ella, sino más bien una especie de velada tristeza o sordo rencor hacia él mismo que, de alguna manera, abría entre ellos una brecha sutil pero acaso difícil de borrar. Pero no sé si realmente percibí eso o solamente lo supongo ahora, interpretando los datos a la luz de los acontecimientos posteriores. De todos modos, Edmundo estaba muy serio y a la vez levemente agitado cuando me dijo: "Tienes que recomendarme algún libro de filosofía que pueda yo entender". Ya dije que me sentí ligeramente sorprendido. Pero, como es comprensible, aproveché sus palabras para intentar reblandecer un poco la tensión que su mal humor había puesto en la atmósfera. Mostré un exagerado entusiasmo por ese súbito interés suyo por la filosofía, y fue entonces cuando por primera vez me habló de esa "sensibilidad filosófica" que siempre había creído tener. Dijo que eso era algo de lo que le costaba mucho trabajo hablar, porque se encontraba en algún recóndito nivel de su mente que se mantenía normalmente escondido. Aludió a ciertas lecturas de su juventud que, en ese tiempo, le habían parecido "filosóficas" (recuerdo que mencionó a Lobsang Rampa, ciertamente, y a varias obras de un swami cuyo nombre completo he olvidado) y que lo habían hecho pasar por una crisis relativa a su "situación vital". Yo traté de exponerle, a grandes rasgos, la diferencia entre el pensamiento oriental y la filosofía occidental, y le hice ver que, aunque aquél podía muy bien ser reducido a categorías y estructuras claras, no resultaría fácil, para alguien no versado en filosofía, recorrer sin titubeos esos ámbitos nebulosos. No creía, por supuesto, que aquella "sensibilidad filosófica", de la que acababa yo de recibir la primera noticia, fuera más que una inquietud momentánea, suscitada por un estado mental pasajero. Pensaba, con un sentimiento de superioridad



que no tengo por qué ocultar, que la vocación filosófica de un licenciado en administración de empresas, vocación que no había dado anteriormente señales de existencia, no podía ir más lejos que la mañana del día siguiente. Le sugerí, sin embargo, con una fingida animación cuyo motivo ya he mencionado, que comenzara con libros que estuvieran a su alcance y que a la vez pudieran darle una visión aproximadamente completa de los problemas filosóficos más importantes. La agitación de Edmundo iba en aumento. Entre muchas otras cosas que ahora no puedo recordar, me dijo con palabras urgentes y atropelladas que ya no quería dejar pasar más tiempo sin atender a "ese llamado" que sentía cada vez más vivamente, sin buscar los medios para definir y deslindar el significado de ese "mirar las cosas desde arriba" que, según le parecía ahora, era "el único modo auténtico de mirar". Se

disculpaba por no poderse expresar, e insistía en que había "algo" que tenía que descubrir. Hablaba con los ojos encendidos. Le temblaba la voz.

Después cenamos. La cena, tal vez, o tal vez esa suerte de incierto desahogo, lo calmaron. Durante la cena hablamos, más pausadamente, sobre los libros que iba yo a recomendarle. Elaboré una pulcra lista en la que incluí, además de tres o cuatro títulos que no importa recordar, las *Lecciones preliminares de filosofía* de García Morente, los *Diálogos* de Platón, la *Introducción a la filosofía* de Maritain, *La filosofía* de Jaspers, *El concepto del hombre* de Radhakrishnan y Raju (para enlazar con sus lecturas juveniles) y (nunca lo hubiera hecho) el *Discurso del método* y las *Meditaciones metafísicas* de Descartes. Sin mucha convicción, le aseguré que, para cuando él terminara con ésos, le tendría preparado un programa de estudio mejor pensando. Edmundo tomó la lista, la guardó cuidadosamente en el bolsillo de la camisa y cambió el tema de la conversación. Cuando esa noche nos despedimos de ellos, ya estaba él completamente tranquilo. Nadie pudo haber previsto en ese momento lo que ocurriría el domingo siguiente. Pero creo que hice mal en no darle ninguna indicación relativa al orden de las lecturas.

Ya he dicho que esa cena tuvo lugar un viernes. El sábado siguiente, Edmundo salió de su casa a media mañana y regresó a las dos horas con un paquete de libros. Según el testimonio de Patricia, se enfrascó inmediatamente en la lectura de los índices, introducciones, prólogos y solapas de todos y cada uno de los libros que había comprado. Consumió en esa actividad el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde, con una sola interrupción para comer, hasta que, según su testimonio posterior, llegó a la página veinte de la edición Espasa-Calpe (Colección Austral) del *Discurso del método* y las *Meditaciones metafísicas*, y leyó unas palabras del Prólogo de Manuel García Morente, las cuales cautivaron de tal modo su atención que ya no tuvo necesidad de más para decidirse a leer ese libro antes que los otros. Transcribo esas palabras textualmente: "La base primera de la filosofía cartesiana es el *cogito, ergo sum: pienso, luego soy*. La existencia, la realidad del yo pensante, del yo como pensamiento, es la primera verdad que el náufrago de la filosofía encuentra, para sobre ella asentar sólidamente su salvación." No dijo nada; solamente colocó los otros libros en el librero y se fue con el elegido a su recámara, mientras Patricia veía la televisión y hacía algunas llamadas telefónicas. A las diez de la noche, Patricia invitó a Edmundo a cenar, y éste, desde la cama, le dijo: "No, gracias, mi amor". Ella cenó y después de cenar siguió mirando la televisión hasta cerca de la media noche. Cuando se fue a acostar, Edmundo seguía leyendo con vehemente concentración. Puedo comprender ahora que Patricia no haya querido esa tarde importunarlo ni distraerlo de la lectura. El caso es que al meterse en la cama, al lado de Edmundo, quien seguía vestido, sólo le dijo: "Buenas noches, amor, hasta mañana". Es posible que para entonces Edmundo ya hubiera terminado el *Discurso*. No lo sé. Pero apartó el libro, le dio un beso a Patricia y, con una dulzura que a ella la "hizo sentir bien", le dijo: "Buenas noches, amor; estoy increíblemente picado con esto, pero quiero que duermas muy bien". Patricia se durmió y dejó a Edmundo leyendo. Anoto, porque es una curiosidad, que, mientras esperaba el sueño con los ojos cerrados, Patricia pensó: "Si la filosofía lo va a hacer más cariñoso, está bien que lea de esa manera"; porque a la mañana siguiente, después de despertar y darse cuenta de que Edmundo no había dormido y permanecía sentado en la cama, con la mirada perdida; después de enderezarse ella misma en la cama, ver el libro en el suelo y acercarse a él, acariciarle la cara y decirle: "¿No dormiste, amor? ¿Qué pasa?", las primeras palabras que recibió de él, pronunciadas sin entonación alguna y casi sin la menor acentuación, fueron: "Tú no existes".

A Patricia, desde luego, le sonaron a broma; pero como iban acompañadas de una mirada terriblemente intensa pero que no se fijaba en ningún punto, como la cabeza y el cuerpo de Edmundo seguían absolutamente inmóviles, y como le resultaba evidente, en fin, que algo extraño debía de haberle ocurrido a Edmundo para que se hubiera quedado despierto toda la noche y conservara esa inmovilidad y esa mirada, comenzó a pensar en la posibilidad de que todo aquello tuviera una causa muy seria. Tomó a Edmundo por los hombros y lo miró a los ojos. Edmundo la miró como si inspeccionara un objeto desconocido. Patricia empezó a sacudirlo ansiosamente al mismo tiempo que le decía: "¿Qué te pasa, ¿qué te pasa, Edmundo?, ¿por qué dices esas tonterías?, ¿qué te pasa?". Pero cuando Edmundo dijo, con la misma ausencia de inflexiones: "No existes tú ni lo que tocas ni las manos con que lo tocas", Patricia se asustó realmente y se abrazó a él y, ya llorando, confundida, gritó: "No; ¿qué tienes? Edmundo, Edmundo, dime qué tienes. No, no, no; dime que no tienes nada. Por favor, Edmundo". Entonces Edmundo, sin brusquedad, la hizo a un lado, se levantó y, mientras salía de la habitación y de la casa, gritó esas palabras que a ella le habrían revelado todo el misterio si en ese momento hubiera podido comprenderlas; "¡No tengo nada, no tengo nada! ¡No tengo absolutamente nada!".

Aún me pregunto si no fue mejor que Patricia no conociera, entonces, la filosofía de Descartes. Es posible que, de haberla conocido, se hubiera ahorrado una gran parte de las dudas y de la incertidumbre, de las aflicciones y mortificaciones por las que pasó ese día y los que siguieron. Porque ahí, en ese libro tirado en el suelo, se encerraba la clave de la experiencia que para mi amigo había transformado el mundo en un falso mundo de sueños e ilusión. ¿O quizá, y ésta es mi duda, se habría convencido Patricia de que Edmundo se había vuelto loco, y habrían sido mayores, por lo tanto, sus sufrimientos? Pero no tiene sentido hacer ese tipo de conjeturas. Tampoco quiero utilizar el suspenso como recurso literario. Me parece, pues, que es el momento de proporcionar las explicaciones pertinentes.

Como cualquier estudiante de filosofía sabe, Descartes se propuso dar a la filosofía un fundamento sólido, es decir, una nueva base de conocimientos ciertos e indudables, que hicieran de ella una disciplina rigurosa semejante, digamos, a la matemática, y que la despojara de argumentaciones retóricas, discusiones estériles y conocimientos vacilantes. Para alcanzar su propósito, pensó que el camino más seguro consistía en dudar previamente de todos los conocimientos que creyera poseer. Se le ocurrió que, si dudaba de todo, colocándose en la situación de un "náufrago de la filosofía", como metafóricamente la describe García Morente, le sería posible encontrar alguna verdad absolutamente cierta y evidente, sobre la cual asentaría luego todos los demás conocimientos que le fuera posible hallar. Esa verdad, esa "base primera", la piedra de toque, por decirlo así, fue para Descartes, como se sabe, la que se expresa en la sentencia *cogito, ergo sum* (pienso, luego existo). No es necesario, por lo pronto, ir más lejos. Quizá tan solo agregar que el camino que siguió Descartes, junto con la ulterior construcción de su filosofía sobre ese cimiento, y otros mil pensamientos que no viene al caso reseñar aquí, se halla expuesto, con ciertas diferencias y variantes de una obra a otra, tanto en el *Discurso del método* como en las *Meditaciones metafísicas*.

Por lo dicho, pues, es posible comprender que Descartes planteó la duda, la duda de todo, la duda universal, como un mero recurso metódico. Suele hablarse, precisamente, de la duda metódica de Descartes. En el momento de la duda, en efecto, nada es cierto, nada existe, ni lo que vemos ni lo que sentimos ni lo que pensamos. Nada, absolutamente nada. Y éste es exactamente el método para darnos cuenta de que mientras dudamos pensamos y mientras pensamos existimos, y de que esa existencia es indudable. Esa existencia, nuestra existencia, es ya un primer conocimiento; pero también, hasta ahora, el único conocimiento. Descartes se refiere a este descubrimiento en la segunda meditación de sus Meditaciones. En la tercera descubre la existencia de Dios, y en las meditaciones cuarta, quinta y sexta la de todo lo demás: cosas, cuerpos, universo. Ahora bien, la prueba de que para Descartes la duda universal era un mero artificio metódico, y de ninguna manera una actitud natural, es la dificultad que tenía para ejercerla. Tuvo que recurrir a la suposición de que existía "un cierto genio o espíritu maligno" que se dedicaba a engañarlo, haciéndolo creer que existían el mundo y las cosas. Es decir, que sólo pudo dudar de la existencia del mundo

cuando la consideró un engaño de ese genio maligno. Es por eso que resulta tan asombroso el hecho de que Edmundo haya podido tomar en serio la duda cartesiana. O debería decir mejor: la duda universal fue la que *tomó* a Edmundo. O todavía mejor: lo que para Descartes fue duda —la inexistencia del universo, la absoluta soledad, la desolación del yo que solo se debate con sus pensamientos en medio de un mundo del que toda realidad ha desertado, un mundo poblado solamente de fantasmas y sombras de fantasmas—, para Edmundo se convirtió en certeza, en radical, irrefragable y espantosa certidumbre.

Aquella noche, me consta, no pasó de la "meditación segunda". Para ser exactos, llegó nada más a la página noventa y nueve (de la edición que he mencionado, la cual, había olvidado decirlo, contiene las dos obras de Descartes juntas), donde Descartes descubre la existencia del propio yo y enuncia el "cogito, ergo sum". ¿Por qué no siguió adelante, rumbo al descubrimiento de Dios y de las cosas y el derrumbamiento de la duda? Me ha dado dos respuestas; pero en el fondo creo que las dos pueden enlazarse en una sola. En primer lugar, no lo necesitaba: había leído ya el *Discurso del método*, en el cual Descartes presenta también, aunque de otra manera, el recorrido completo de sus reflexiones; de modo que Edmundo sabía ya lo que vendría después, en las meditaciones subsecuentes y, él me lo ha dicho, Dios le parecía, en esas circunstancias, "un consuelo indigno". Y, en segundo lugar, para Edmundo no había ninguna duda: en todo el universo, únicamente él existía, sencillamente. Creo que no será inútil citar íntegramente el pasaje, contenido en la primera meditación (página noventa y siete), que le quitó a Edmundo todo resquicio de duda: "Supondré, pues —dice Descartes—, no que Dios, que es la bondad suma y la fuente suprema de la verdad, me engaña, sino que cierto genio o espíritu maligno, no menos astuto y burlador que poderoso, ha puesto su industria toda en engañarme; pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las demás cosas exteriores no son sino ilusiones y engaños de que hace uso, como cebos, para captar mi credulidad; me consideraré a mí mismo como sin manos, sin ojos, sin carne, sin sangre; creeré que sin tener sentidos, doy falsamente crédito a todas esas cosas; permaneceré obstinadamente adicto a ese pensamiento, y, si por tales medios no llego a poder conocer una verdad, por lo menos en mi mano está el suspender mi juicio. Por lo cual, con gran cuidado procuraré no dar crédito a ninguna falsedad, y prepararé mi ingenio tan bien contra las astucias de ese gran burlador, que, por muy poderoso y astuto que sea, nunca podrá imponerme nada." Eso bastó para que se esfumara el mismo libro que tenía en las manos, y con el libro las manos, la lámpara y la luz, la cama y el cuarto y los ruidos de los autos que cruzaban la noche, la calle y la ciudad entera y sus millones de ingenuos habitantes. También Patricia, tan cercana, se transformó para él en esa leve sustancia de que estan hechos los sueños. Descartes mismo había dejado de haber sido. Pero no, no del todo. Su libro y sus palabras estaban en el suelo. Desde ahí lo llamaba insensato, loco, extravagante. Descartes iba enseguida a intentar demostrar que Dios y las cosas del mundo y los

colores existían; Descartes iba a intentar arrebatarle esa inmensa soledad tan plenamente conquistada; después de haberlo acompañado hasta esa cima, Descartes iba a poner todo su empeño en burlarse de él, a poner su industria toda en engañarlo. Descartes era ya el genio maligno.

Edmundo no volvió: lo regresaron. Afortunadamente, llevaba la cartera encima y la policía pudo encontrar sin dificultades identificaciones suficientes. Habíamos estado buscándolo en vano durante dos días. Nadie sabía nada. Patricia me había telefoneado aquel domingo por la noche. Fui con mi esposa a su casa. La encontramos desesperada y llorosa. La acompañaban sus padres y dos amigos íntimos de Edmundo, que yo no conocía. Habían llevado a cabo todos ellos una búsqueda inicial, por diferentes lugares, y habían hecho ya todas las llamadas telefónicas que suelen hacerse en tales casos. Patricia me había preguntado por teléfono si no sabía yo nada. Noté en su voz un cierto recelo, una cierta desconfianza; pero aun así le dijo que íbamos a su casa a ver qué podíamos hacer. Cuando llegamos confirmé que estaba seriamente enojada conmigo. Creyó oportuno, sin embargo, contarme con detalle lo que había ocurrido esa mañana. Ni siquiera al enterarme de lo que había estado leyendo Edmundo y de las palabras que había dicho pude estar seguro de lo que se trataba. Lo sospeché, es cierto, pero me parecía enteramente descabellado, y me avergonzaba ante la idea de proponerlo a los demás como una hipótesis probable. ¿De qué hubiera servido, en todo caso? Se lo dije solamente a mi esposa, y ella estuvo de acuerdo conmigo en que, para los efectos, daba lo mismo buscarlo por esa locura que por cualquier otra; no podíamos imaginar que Edmundo se hallara en ninguna situación peligrosa. Patricia, por su parte, me miraba sin poder disimular su inquietud y su coraje. Aunque no tenía ni podía tener la menor idea sobre las verdaderas causas de la desaparición de Edmundo, era suficientemente obvio que la lectura de Descartes, sugerida por mí, había por lo menos contribuido en algo. ¿En qué? Ella no lo sabía; pero de lo que fuera me responsabilizaba decididamente. Yo estaba incómodo, pero no me sentía culpable; no más, al menos, que la editorial Espasa-Calpe, o Manuel García Morente, que tradujo la obra, o "los señores decanos y doctores de la Sagrada Facultad de Teología de París", que le dieron su venia, en su momento, a las célebres meditaciones. El padre de Patricia, que hasta entonces había estado hablando por teléfono con alguien, se me acercó y me preguntó si era posible encontrar una explicación razonable. Me di cuenta de que estaba al tanto de quién era yo y de la cuestión de la lectura. Así que, aunque aún vacilaba entre dejar a Patricia en la incertidumbre o sugerirle una idea que podría preocuparla más y que no era más que probable, me vi forzado a insinuar que a veces alguna idea se apodera de uno y lo hace hacer cosas que normalmente no haría, y que ése podía ser el caso. Pero aclaré que cuando algo similar ocurre, generalmente va acompañado de otro tipo de problemas o desórdenes personales, e insistí en que Descartes era el filósofo más razonable que había existido sobre la tierra. Pero todas estas vicisitudes no guardan ninguna relación con el núcleo de esta historia.

Edmundo salió de su casa el domingo, alrededor de las nueve y media de la mañana. Es imposible fijar con precisión su itinerario. Lo que hemos podido reconstruir, basándonos en sus propios recuerdos y en algunos otros datos, es poca cosa. Sabemos que cuando bajó al garaje del edificio donde vive, lo saludó un vecino que estaba lavando su auto, y que Edmundo, por toda contestación, le gritó claramente: "Tú no existes". Sabemos que tomó su propio coche y se alejó por la calle con movimientos y velocidad normales. Podemos inferir que se dirigió inmediatamente a ese "lugar alto y arbolado" que recurre continuamente en sus recuerdos (yo me inclino a pensar que se trata de algún lugar sobre la carretera nueva del Ajusco, o bien sobre la carretera a Cuernavaca, y no de ese lugar a espaldas de la Magdalena Contreras que propone uno de los amigos de Edmundo, al cual ellos habían ido "de caminatas" varias veces; pues, según el propio Edmundo, desde ese "lugar alto y arbolado" veía "toda la ciudad", y, aunque desde ninguna de las alturas que rodean el Valle de México es posible, que yo sepa, ver *toda* la ciudad, me parece que tanto al Ajusco como las colinas que atraviesa la carretera de Cuernavaca ofrecen una perspectiva mucho más amplia); que dejó el coche a un lado de la carretera y subió a pie hasta ahí, y que permaneció ahí hasta entrada la noche, sentado sobre la hierba entre los árboles. Es preciso decir que, según se desprende de las declaraciones particulares que me ha hecho, fue en ese lugar donde vivió por vez primera en toda su intensidad lo que llama la "vivencia clave". Se repetía mentalmente, con irrefrenable obsesión, estas palabras del texto que he citado: "sin manos, sin ojos, sin carne, sin sangre, sin manos, sin ojos, sin carne, sin sangre..." Todo lo que veía, el bosque, las rocas, la ciudad envuelta en humo, no era más que el producto de una ensoñación a la que era incapaz de dar crédito. Todo eso estaba "delante"; pero él no estaba siquiera en ese lugar "alto y arbolado", sentado entre los árboles; eso estaba también "delante"; él estaba "detrás"; no en ningún lugar de ese ensoñado mundo que se le presentaba "delante", acosándolo con todo el peso de su irrealidad, sino "detrás", es decir, afuera, en un espacio infinito e infinitamente vacío, que sin embargo era mucho más real, mucho más denso y cierto que su propio cuerpo y todo lo que con él pudiera hallarse "delante"; y en ese espacio, ahí, "detrás", él era el único punto de vida, rodeado de "aguas profundísimas" (según la analogía que hace Descartes al principio de la segunda meditación) en las que no es posible "ni afirmar los pies en el fondo ni nadar para mantenerse sobre la superficie", pero a la vez rodeado también, por "delante", de un imaginario mundo henchido de cosas, sonidos y texturas que se arremolinaban y se abalanzaban sobre sus sentidos. Pero la "vivencia clave" no consistía precisamente en la percepción de ese "detrás", ni mucho menos en la captación de ese "delante"; la "vivencia clave", que Edmundo no recuerda haber alcanzado más que "por instantes", era, en la medida en que puedo entenderla, la captación perfecta de la diferencia entre el "delante" y el "detrás"; es decir, la captación de que él, estando "detrás" (y por eso dice Edmundo que esa vivencia sólo se da desde "detrás"), no podía dejar tampoco de estar inmiscuido en ese mundo de "delante". Y la vivencia era clave porque en ese momento, en esa vislumbre fugaz, sobrecogido por la angustia, sabía algo que nunca antes había sabido: que él era él, que estaba solo.

Estos eran, sin embargo, sólo momentos. Quizá en virtud de un poderoso mecanismo de defensa, la tendencia que predominó esos dos días en la mente de Edmundo, la vertiente, por decirlo así, por la que con mayor facilidad se deslizaban sus pensamientos, fue otra muy distinta: la curiosidad. Y llevado por ella, en efecto, aguardó mi amigo en ese sitio "alto y arbolado", con un regocijo casi infantil, a que se encendieran las luces de la ciudad. Le resultaba divertido y maravilloso poder predecir los acontecimientos, descubrir las regularidades de acuerdo con las cuales funcionaba ese mundo (el mundo de "delante", claro está) que su mente creaba. Su mente (no él, pero algo en él) producía esos sueños de cuyas leyes él estaba de algún modo compenetrado. Sabía que el sol se ocultaría y el sol se ocultó; sabía que poco a poco las luces de la ciudad se irían encendiendo; sabía que sentiría frío y conocía varias maneras de quitarse el frío. Fue ese afán de diversión, ese afán de observar todos los rincones de ese mundo complejísimo y al mismo tiempo transparente que se desenvolvía ante su vista, lo que lo hizo incorporarse, dejar ese "punto de observación" que había sido para él privilegiado, y bajar a la ciudad alucinada.

Como he dicho, es imposible fijar con precisión su itinerario. Sabemos que dejó de decirle a la gente que no existía, porque él recuerda haber pensado que, para conseguir su propósito, era mejor "no afectar bruscamente" la marcha del mundo. Sabemos que no comió ni durmió nada desde la mañana del domingo hasta la tarde del martes (cuando lo llevó a su casa un ejecutivo compañero suyo en la fábrica de hilados y tejidos), porque quiso experimentar qué ocurriría si suspendía la satisfacción de esas dos "necesidades primordiales", las cuales, aunque se le imponían imperiosamente, eran tan irreales como todo lo demás. Sabemos, pues, que recorrió —en ese plan de absorbente curiosidad y de "no afectar bruscamente" la marcha del mundo— muchos lugares diferentes: fondas, parques, calles, cantinas, teatros, escuelas, comercios, prostíbulos, sanatorios, oficinas... ¿Por qué Edmundo no recordaba después casi nada de todos esos lugares, puede uno preguntarse, si es cierto que los recorrió con una "absorbente curiosidad"? La explicación me parece sencilla: la curiosidad y la atención de Edmundo no estaban dirigidas por ningún interés práctico, no se enfocaban hacia esas particularidades en las que normalmente nos fijamos solamente porque nos dan las referencias de nuestra ubicación real, porque nos dan, con otras palabras, la noción de nuestra situación en el mundo. Porque para nosotros el mundo es real, requerimos de ciertos conocimientos para movernos y actuar dentro de él; para Edmundo, en cambio, el mundo no era real, él mismo no se encontraba ahí, "delante", y en consecuencia no necesitaba ningún dato que proviniera de lo que podría llamarse el esquema práctico del mundo. Edmundo

realizaba la inspección de un sueño. Evidentemente, ajustaba sus pasos y sus movimientos a aquellas regularidades o leyes generales del orden del mundo; pero éstas le servían lo mismo en un lugar que en otro. Y desde luego a él le daba lo mismo estar en un lugar que en otro, con tal de observar en todos lados ese "funcionamiento" que él ha llamado —debemos excusar su expresión el "funcionamiento esencial del mundo". Un semáforo, por ejemplo, no era para él, en esos días, este semáforo que en una esquina determinada y en un momento determinado nos cierra o nos permite el paso, sino un semáforo, cualquier semáforo, *el* semáforo, que opera o se descompone siguiendo admirablemente el cauce trazado por reglas que, inexplicablemente, podían ser descifradas. Inexplicablemente, porque Edmundo no alcanzaba a ver cuál era su origen —el cual debía encontrarse en él mismo, sin embargo—, cuál era la fuente que hacía surgir ante sus ojos no sólo las cosas, sino las regularidades entre las cosas, las cosas colocadas en determinadas disposiciones y estructuras espaciales y temporales. Y así, le interesaba por supuesto que a cierta persona, por ejemplo, le interesara en cierto momento el nombre de cierta calle, porque ése era un caso particular del funcionamiento de cierta regla, pero no le interesaba a él mismo, para nada, el nombre de esa calle ni menos su posición relativa dentro del enrejado de calles de la ciudad de México.

Pero no debería extenderme demasiado en este tipo de consideraciones, porque corro con ello el riesgo de manipular e interpretar los hechos, y quebrantar así la promesa que hice a Edmundo. Y aunque yo sostengo, como ya he manifestado, que tal interpretación de los hechos no sólo es posible, sino necesaria, siempre y cuando se quiera incluirlos en un conocimiento científico del hombre y de su modo de conocer y no abandonarlos a los vientos volubles de la literatura o a las vaguedades esotéricas de esas disciplinas que sin rigor alguno pretenden estudiar los fenómenos paranormales, debo mantener la palabra dada.

A pesar de sus buenas intenciones, Edmundo no pudo abstenerse de intervenir en los negocios del mundo. Todo empezó por su descuido muy comprensible. Se había subido al metro, el martes a mediodía, quién sabe dónde (su auto fue hallado a los pocos días, en la esquina de Puente de Alvarado y Rosales y, no es de extrañar, con las llaves puestas). Al llegar a la estación Centro Médico no se bajó con todos los pasajeros. Simplemente, estaba demasiado cansado para darse cuenta de que ésta era una estación terminal. Quizá ni siquiera escuchó la amplificada voz del conductor que lo invitaba a desalojar el vagón. Edmundo miraba por la ventanilla hacia las vías del carril contrario cuando el conductor, u otro empleado, pasó junto a la puerta abierta y le dijo: "Debe usted salir, señor". Pero Edmundo no se movió. Ya no era el cansancio. Acababa de concebir la única idea verdaderamente peligrosa que podía cruzar por su mente en ese estado: creerse inmortal y probárselo. Aquel empleado volvió a pasar junto a la puerta. Al percatarse de la inmovilidad de Edmundo, entró y se acercó a él y repitió: "Debe usted salir, señor". Edmundo se dejó conducir hacia el andén; según afirma la policía, el empleado oyó que balbuceaba: "Siempre lo he sabido, siempre lo he sabido, siempre lo he sabido", elevando el tono a cada frase. Y por esa razón, el empleado llamó al guardia de la estación y le pidió que le echara un ojo a ese sujeto. El tren se puso en marcha. Edmundo se quedó parado en el andén vacío, como si esperara otro convoy, con la mirada fija en la barra que corre entre los dos pares de vías. No podía aclarar sus pensamientos: puesto que todo cuanto se le presentaba "delante" no era más que un conjunto de representaciones huecas, sin realidad, no dudaba de que la muerte también lo era, ya que ocurría precisamente (según toda su experiencia) en ese mundo de "delante"; le ocurría a hombres que eran meras imágenes de hombres:: era solamente el medio por el cual esas imágnes —y las imágenes de perros y moscas y plantas— sufrían cierta transformación o desintegración que las hacía desaparecer, ausentarse de aquel conjunto de ilusiones; pero él, para su suerte, era lo único existente, lo único que no se hallaba ahí, "delante", lo único que no se podía ser afectado por nada que ocurriera ahí, "delante", y sin embargo, había una enigmática relación entre esas vías electrizadas y el centro solitario de su propio ser; porque su cuerpo, sus manos, sus ojos, su carne, su sangre, todo eso pertenecía al "delante", y era imposible que el contacto con el hierro ardiente no lo trastornara, no lo corrompiera, no lo fundiera en una informe masa negra: era impo-

sible porque significaría la transgresión de una de esas inviolables regularidades que observaba apasionadamente en el cúmulo de representaciones que tenía "delante"; él, lo que él era, saldría sin duda intocado, pero su cuerpo moriría, y con su cuerpo sus ojos y sus oídos y sus sentidos todos; tocar las vías equivalía, por tanto, no a perderse, sino a perder el mundo. Este pensamiento lo llenó de pánico. Cerró los ojos, se llevó las manos a los oídos y se sintió totalmente "detrás", de nuevo totalmente él mismo, totalmente él solo. ¿Le sería dado otro mundo? ¿Le sería dado otro "delante", otro ámbito tan lleno como éste de colores y fantasmas? Edmundo gritó, con todas sus fuerzas.

No fue necesario más. El guardia acudió y lo llevó casi a rastras a las oficinas de la estación. No es necesario tampoco relatar cómo fue conducido de ahí a la delegación, cómo fue informada su empresa y cómo fue a recogerlo uno de sus compañeros de trabajo. Durante todo este tiempo, Edmundo permaneció callado, ausente, con los ojos entrecerrados en nimio y rápido parpadeo. Puedo imaginar su aspecto: el de alguien que no ha dormido en tres noches, que no ha cambiado de ropa ni comido en más de dos días. Patricia, que ya lo esperaba, bajó a recibirlo a la puerta del edificio. Edmundo salió del coche apoyado en su amigo; entre éste y Patricia lo subieron al departamento. En el elevador dijo: "Perdóname, Patricia; perdóname, perdóname", y, al entrar a la casa: "Tengo sed". Cuando lo estaban acostando y acomodando en la cama, repitió: "Tengo sed"; pero cuando Patricia volvió de la cocina con un vaso de leche Edmundo ya estaba profundamente dormido.

Patricia llamó al médico por teléfono. El médico le recomendó que lo dejara dormir todo lo que necesitara. Edmundo no despertó hasta las once de la mañana del miércoles; de momento no sintió hambre, pero Patricia le dio un poco de caldo que le fue despertando el apetito. Viéndolo comer —sin aquella terrible mirada, cariñosa y dócil—, Patricia supo que estaba curado. El médico fue a verlo por la noche. Después de hablar con él y examinarlo, indicó unos días de reposo, sin turbaciones emocionales, de preferencia fuera de México, en algún lugar tranquilo. Sin embargo, a Patricia le dijo en la puerta, antes de retirarse, que lo estuviera observando sin hacérselo notar y sin presionarlo de ninguna manera, y que iba a pensar, de acuerdo con su comportamiento, en la conveniencia de llevarlo a ver un neuropsiquiatra.

Aunque supe de la aparición de Edmundo desde el mismo martes por la noche, me pareció prudente no presentarme en su casa sin antes dejar pasar un poco de tiempo. Por una parte, sabía que persistía el enojo de Patricia, y por otra, no estaba seguro de poder serle a Edmundo de alguna utilidad, pues todavía no sabía qué era lo que en realidad le había pasado; en fin, no quise arriesgarme a provocar en su casa una situación difícil. Pero Edmundo mismo me llamó el viernes por teléfono. Hizo algunas referencias —que a mí me parecieron muy contundentes y un poco fuera de lugar— a la solidez de nuestra amistad y a su convicción de que yo podría entenderlo; pero no lo decía —creía adivinarlo en el tono de su voz— como quien está necesitado de comprensión, sino como quien quiere compartir con un amigo la emoción que le produjo una película recién vista o un libro recién leído Me dijo que el sábado saldrían a un rancho que les había ofrecido uno de los jefes en la oficina, y que le gustaría que nos viéramos allá el día de la semana entrante que yo quisiera. Le dije que iría el martes; se alegró mucho y me dio la localización del rancho. Colgamos. Era obvio que estaba curado.

Demasiado curado. En el rancho me lo contó todo, es decir, todo lo que recordaba. Hablaba de su experiencia como de un "ataque de locura filosófica". No comprendía cómo podía haberle ocurrido algo semejante. Estaba decidido a olvidarse de eso, a enterrarlo como a una grotesca pesadilla. "El mundo es tan real", me decía, "tan hermoso". Yo no hacía más que alimentar su positivo estado de ánimo. Edmundo sugería que se tiraran a la basura todos los libros de filosofía del mundo; yo estaba de acuerdo. Edmundo decía que se estaba muy bien en este mundo, y yo asentía. A la hora de la comida, me di cuenta de que Patricia estaba también perfectamente enterada de todo, de que Edmundo estaba a su vez enterado del enfado de Patricia, y de que el objetivo principal de su invitación había sido reconciliarla a ella conmigo. Me di cuenta, también, con alivio, de que cuanto me había dicho por teléfono acerca de nuestra amistad y de mi capacidad para comprenderlo, no se refería precisamente a la experiencia que acababa de vivir, sino a su presente actitud hacia ella. Esto era lo que le interesaba que yo comprendiera. Por lo demás, ni Patricia ni yo opusimos ningún obstáculo a su propósito de reconciliarnos; colaboramos con él, por el contrario. Fue una sobremesa agradable. Ya bromeando, les dije que, a fin de cuentas, lo mejor que podía hacerse en estos casos era tomar las cosas con filosofía. Todos reímos. Luego cambiamos de tema; hablamos, entre sorbo y sorbo de brandy, de cosas como el rancho, el clima, el aire, el in-

creíble contraste entre la ciudad y el campo, el tenebroso futuro de la civilización urbana. Cuando salí del rancho, un poco antes de que oscureciera, me sentía particularmente bien. Después de todo, me decía, no había pasado nada; después de todo, ahí había concluido la repentina vocación filosófica de un administrador de empresas. En cuanto a mí, había conseguido ocultarle a Edmundo todo el asombro y el aturdimiento que me produjo el ver confirmadas mis sospechas más aventuradas. No era ésa en verdad ocasión propicia para expresarle mis sentimientos. Pero ni siquiera tenía la intención de hacerlo. Estaba bien claro, para mí, que Edmundo no había asumido una adecuada actitud científica ante lo ocurrido, y que tampoco podría hacerlo en el futuro.

Lo que ha sucedido desde entonces no ha servido más que para corroborar mi punto de vista. Habían pasado tres meses desde mi visita al rancho, y había ya logrado yo mismo poner en su lugar mi propia turbación cuando recibí una carta de Edmundo, cuyo pasaje central transcribo:

"Antes de leer aquel libro de Descartes, vivía en un mundo irreal. No me cuestionaba, no cuestionaba mi posición en el mundo, mi posición entre las personas y las cosas. No cuestionaba mi origen ni mi fin. No sabía dónde estaba y no me importaba saberlo. Pero ahora ya sé que a eso me debía haber llevado la sensibilidad filosófica que siempre creí tener. Ahora ya sé que ella significa simplemente ser capaz de ver el mundo de otro modo, de entender la propia vida de otro modo. Leer ese libro me dio una vivencia clave (ésta fue la primera vez que Edmundo aludió a esa "vivencia clave") para llegar a esa visión distinta. Caí de momento en la locura de pensar que el mundo no existía, que sólo yo existía. Pero lo que quiero decirte es que cuando salí de ella caí en la locura de pensar que todo había sido una estupidez, un ataque. Me fui al extremo. Y ahora creo que estoy empezando a ver las cosas en su verdadera dimensión. No pienses que puedo creer otra vez que el mundo no existe. Pero haberlo creído me dio una vivencia clave... (en este punto describe lo esencial de esa vivencia, lo cual ya ha quedado referido más arriba). Esta vivencia me ha ayudado a desarrollar aquel cuestionamiento. Apenas empiezo a darme cuenta de su importancia. Sólo quería decirte que no te quedaras con la idea que seguramente te di en el rancho, porque ésa sólo fue una reacción inmediata, y que en realidad estoy pensando muchas cosas alrededor de aquella experiencia."

Creo que hice mal en entusiasmarme y considerar que su carta llevaba detrás un afán por compartir su experiencia, cuando en realidad sólo llevaba la intención de corregir una impresión equivocada. Porque cuando lo busqué y le propuse hablar seriamente del asunto y estudiar a fondo entre ambos las implicaciones filosóficas —o psicológico-filosóficas— de lo que había vivido, Edmundo rechazó mi proposición rotundamente. "No se trata de eso", me dijo, y, con mucha vacilación, añadió: "Se trata solamente de definirme a mí mismo". Inútilmente le expliqué que eso era sin duda lo más importante y lo fundamental, pero que debía pensar en la posibilidad de elevar sus experimentos a un nivel más universal y más objetivo y, sobre todo, en la posibilidad de transmitirlas a otras personas; inútilmente le hice ver que, por otro lado, un estudio serio y maduro, que tuviera en cuenta los conocimientos que ya había sobre la materia, le facilitara mucho esa definición de que hablaba. En efecto, Edmundo ha mantenido, hasta el presente, una postura inflexible. Si hemos hablado y discutido en varias ocasiones a lo largo de todos estos meses, acerca de su experiencia y de su carácter extraordinario, ha sido gracias a mi insistencia y a mis requerimientos. Porque si de él dependiera, no habría hecho ningún esfuerzo de comunicación. Su cerrazón es progresiva y, me atrevería a decir, definitiva.

No quisiera hablar de egoísmo o de orgullo. Cada quien es dueño de su propia vida, y siempre he creído que el respeto hacia los demás debe ser la primera regla entre los hombres. No hay nada más sencillo que la condena irreflexiva. Es por eso que no atribuyo la resistencia de mi amigo, su rechazo a toda participación de su experiencia, a una vanidosa arrogancia. Para decirlo todo, creo poder afirmar —y aun esto no expresa más que mi opinión personal— que su intransigencia se debe únicamente al hecho de que posee —lo cual es perfectamente natural y explicable— una concepción inmadura de la filosofía. Es pues, a mi modo de ver, una cierta falta de visión, una cierta inexperiencia filosófica, y no otra cosa, lo que no le permite integrar y armonizar aquellas experiencias de tal manera que puedan constituir un conocimiento aprovechable y provechoso. Esto era, precisamente, lo que yo le proponía, lo que hasta ahora no había dejado de proponerle; y esto es lo que se ha visto reducido, por desgracia, a esta estrecha crónica literaria.

Pero nada de lo anterior quiere decir que no me parezcan admirables, e incluso laudables, los desarrollos que Edmundo ha conseguido por lo que respecta a la elaboración teórica de sus ideas. Es más, comparto decididamente muchos de sus puntos de vista. Simplemente, en-

cuentro su actitud, en términos generales, un tanto cuanto matizada y, por qué no decirlo, contaminada de individualismo y subjetivismo. Nada más.

Lo que me cuesta trabajo comprender, y me resulta paradójico, es que Edmundo se apoye, para sostener su actitud, precisamente en las supuestas "consecuencias vitales" de aquella experiencia. En efecto, según sus palabras (que entresaco de algunas de nuestras casi forzadas conversaciones), poco a poco se ha dado cuenta del sentido que ha tenido para él haber experimentado alguna vez la irrealidad del mundo; y ha llegado al punto en que le es posible calcular sus desventajas y sus beneficios (como en un balance financiero, le he dicho en broma). En general, el beneficio consiste según él en la adquisición de una comprensión profunda del "puesto del hombre en este planeta", y, contra esto, la desventaja consiste en la exacerbación de la conciencia de sí mismo, la cual limita sus posibilidades de relacionarse con los demás. Tan claro como eso. "De la irrealidad del mundo", dice, "pasé de nuevo a su realidad, y de ésta pasé a una especie de indiferencia acerca de la realidad o la irrealidad del mundo". Esta "indiferencia" le parece la más importante "consecuencia vital". Opina que no es importante creer en la realidad o en la irrealidad del mundo; lo que cuenta es que estamos en él, que lo tenemos enfrente. "Después de haber vivido esa vivencia de estar detrás, ya no es posible fingir que nosotros estamos delante, como si fuéramos una cosa cualquiera". De esta manera, la "vivencia clave" no tiene para él valor por sí misma, sino por el hecho de que puede repetirse en el mundo real. Es decir, que el mundo es innegablemente real, pero nosotros estamos innegablemente "detrás". O que la realidad no importa, porque puede ser o no una mera fantasía, y que lo que importa, lo que es real sin remedio, es la soledad, la vivencia de que uno es uno, el pánico y la angustia. "El mundo puede ser irreal, pero para ti está ahí delante; y luego puede ser real, y sigue estando delante. Lo único que descubrí es que uno está siempre presente", dice. Añade que le ocurrió como en los sueños, donde las imágenes son falsas pero lo que se siente es verdadero y es uno mismo el que lo siente, porque "tú siempre estás presente". Y Edmundo cree que ahora sabe qué es lo que había detrás de aquel "mirar las cosas desde arriba": la conciencia de esa presencia. Lamentablemente, no es posible apartarlo de un lenguaje marcadamente poético. En respuesta a mis peticiones, me ha descrito de diversas maneras cómo se dio en él ese descubrimiento, en un principio en ese "lugar alto y arbolado", pero más agudamente después, mientras miraba las vías del metro. Pero insiste en que lo que tiene sentido para él no es haberlo vivido cuando el mundo le parecía irreal, sino poder vivirlo también ahora ante el mundo real. Pues lo que está en cuestión, afirma, es justamente el sentido de la realidad.

Para terminar, citaré algunas frases suyas que he anotado durante nuestras entrevistas, pues creo que ponen de manifiesto claramente su actitud mental y que sintetizan lo esencial de la elaboración que ha hecho de su experiencia:

"Mi regreso a la realidad comenzó cuando quise demostrarme que era inmortal. Cuando traté de pensar qué pasaría si me lanzara a las vías, me confundí tanto y me dio tanto miedo que tuve que regresar. Porque lo que pasó es que había descubierto en ese momento que estaba presente. Creía poder demostrarme que era inmortal, pero lo que descubrí es que no lo soy, que no lo sería aunque realmente sólo yo existiera, aunque el mundo fuera en realidad un puro sueño. No lo sería porque había la posibilidad de perder el mundo que tenía delante. Descubrí que si me lanzaba a las vías perdería el sueño de mis sentidos y con ellos el sueño del mundo. Quizá yo no me perdería; no puedo saberlo. Pero perdería mi presencia en ese mundo, mi presencia que era real. Antes me imaginaba la muerte de otro modo, o no la imaginaba en absoluto. Supe entonces, o lo sé ahora cuando pienso en ello, que estar vivo es estar presente en este mundo. Supe también que este mundo, que en aquellos momentos sólo era una hueca pantalla de espejismos, es después de todo un entrañable albergue que no se puede abandonar sin pena. No sé si después de la muerte haya otra cosa, pero sé que se pierde el mundo. Y volví a la realidad porque quería recuperarlo. No me di cuenta al principio de lo que tenía ante mí de todos modos. Por eso es natural que mi primera reacción fuera querer ocultarme todo y aferrarme al mundo ciegamente. Pero eso duró poco. Ahora creo que la realidad del mundo es indiferente, porque el hecho de que sea real no cambia en nada nuestra situación. Nosotros estamos de todos modos aquí, detrás, solos con nosotros mismos y lejos de los otros."

No es cuestión de decidir si Edmundo tiene razón. Pero cuando lo escucho hablar así estoy dispuesto a concedérsela. Porque es cierto, por lo menos, que la experiencia vivida —o su secuela— lo ha encerrado cada vez más en sí mismo y lo ha alejado de los demás. Sé que su matrimonio ha sufrido ciertas crisis (creo haberme referido a la brecha que desde entonces parece existir entre Patricia y Edmundo). Pero esto pertenece a su vida privada. Tan sólo diré que, en general, ha perdido, como él mismo reconoce, mucho de su capacidad para relacionarse con otras personas. Así pues, ¿de qué sirve creer —y no se cansa de repetirme esto— que sus experiencias, o al menos su desarrollo posterior, son experiencias naturales y humanas que están al alcance de cualquiera a condición de que "cierre los ojos un segundo y se mire a sí mismo y a su presencia", si no está dispuesto a hacer un esfuerzo para comunicarlas? Porque lo grave es exactamente que sea preciso cerrar los ojos.

Todo eso explica, naturalmente, los obstáculos que he hallado para comunicarme con él. No le interesa ya aprender filosofía; nuestros encuentros son cada vez más tensos. Si decidí escribir esta relación es porque ya no me propongo obtener de mi amigo, en este terreno, ninguna otra cosa. Ya no lo importunaré más. Ello irá, por supuesto, más de acuerdo con lo que él, tácitamente, ha venido reclamando de mí. Sólo espero que, para consuelo y tranquilidad de todos, el curso de sus meditaciones no lo vuelva a hacer caer en ese pozo ("escándalo para la filosofía", dice Kant) que un día de imprevisión abrió Descartes.